Lectura literal de Jules Verne, 1879

France-Ville, la Ciudad del Bienestar, "filantrópica proposición" del Dr. François Sarrasin, ilustre asociado al Gran Congreso Internacional de Higiene que se celebra en Londres, heredero de una fabulosa fortuna de 500 millones de francos, 21 millones de libras esterlinas: "Señores, entre las causas de enfermedad, de miseria y de muerte que nos rodean, hay una a la que racionalmente se le debe conceder una gran importancia. Me refiero a las deplorables condiciones higiénicas en que vive la mayor parte de la humanidad. Los hombres viven amontonados en ciudades, en casas frecuentemente privadas de aire y luz, esos dos agentes indispensables a la vida. Tales aglomeraciones humanas se convierten a veces en verdaderos focos de infección. Los que no hallan en ellas la muerte se ven, al menos, afectados en su salud; sus fuerzas productivas disminuyen, y la sociedad pierde así una considerable suma de trabajo que podría ser aplicada a los más preciosos fines... ¿Porqué no reunimos toda nuestra capacidad de imaginación para trazar el plano de una ciudad modelo sobre bases rigurosamente científicas? Esa ciudad que cada uno de nosotros ve ya con los ojos de la imaginación y que puede ser una realidad dentro de unos meses, esa ciudad de la salud y del bienestar será la ciudad a cuya visita invitaremos a todos los pueblos. Divulgaríamos en todas las lenguas sus planos y su descripción. A ella podríamos convocar a las honradas familias expulsadas de los países superpoblados por la pobreza y la falta de trabajo. También aquéllos -no les sorprenderá que piense en ellos- a quienes la conquista extranjera ha impuesto la cruel necesidad del exilio, harían en nuestra ciudad el empleo de su actividad y la aplicación de su inteligencia. Ellos nos aportarían las riquezas morales, mil veces más preciosas que las minas de oro y de diamantes. Crearíamos allí grandes colegios en los que la juventud sería educada según los principios más adecuados para desarrollar y equilibrar todas las facultades morales, físicas e intelectuales. Tales colegios prepararían generaciones fuertes para el futuro."

Stahlstadt, la Ciudad del Acero, fundada por Herr Schultze, M.D., "privat docent" de química de la Universidad de Jena, "conocido por sus numerosos trabajos comparativos sobre las diferentes razas humanas -en los que probaba que la raza germánica debía absorver a todas-", coheredero, gracias a oscuras intrigas, de los 500 millones del Dr. Sarrasin, obsesionado por un único objetivo: la destrucción de ese "hormiguero absurdo y anormal" que es la Ciudad del Bienestar: "Quiero que dentro de quince días France-Ville sea una ciudad muerta, sin un solo superviviente. Necesito una Pompeya moderna, y que sea a la vez el espanto y asombro del mundo entero. La correcta ejecución de mis órdenes hará inevitable este resultado."

Tal antinomia será la base argumental de "Les cinq-cents millions de la Begum" (1), novela publicada por Jules Verne en 1879, cuyo título habría podido ser también "Ciudad de Oro y Ciudad de Acero o Historia de dos ciudades modelo", si el autor hubiera pretendido, ya en la misma portada de su obra, sorprender al lector, disimulando engañosamente su auténtica agonía.

Estamos de acuerdo con Miguel Salabert cuando se resiste a ver aquí "una mera transposición del enfrentamiento maniqueo entre el Bien y el Mal", y también cuando niega "el estereotipado cliché del Julio Verne profeta, del Verne anticipador". Pero entonces, ¿hemos de pensar que, coincidiendo de forma extrañamente lineal con los cambios políticos, sociales y económicos sufridos por las sociedades industriales del último tercio del siglo XIX, el hasta entonces inmaculado Verne descubre con sorpresa que la ciencia no es algo intrínsecamente bueno, sino que puede ser utilizada con fines particularmente egoístas? ¿Podemos mostrarnos de acuerdo con una interpretación que descubra en la caracterización de los sistemas enfrentados en la novela una clarividente premonición de los horrores de lo que será, más de cincuenta años después, el nazismo? ¿Hemos de contentarnos con la satisfacción que proporcionan una o dos lecturas subliterales que relacionan las asombrosas aventuras del héroe Marcel Bruckmann con antiguos mitos o no tan antiguos sistemas rituales masónicos?

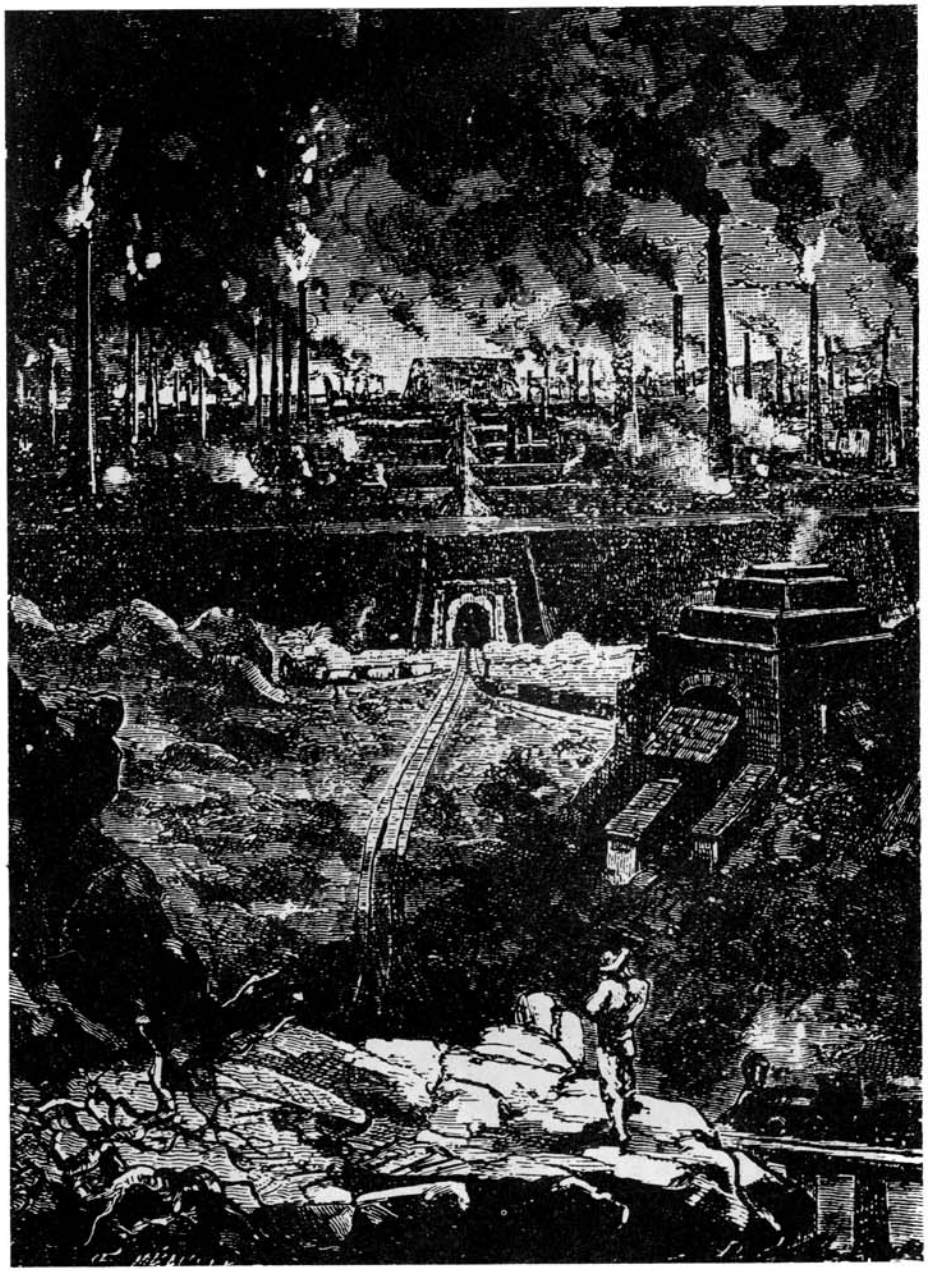
Evidentemente, la norma consiste en reducir a Verne desde el dominio de una historia familiar para nosotros pero desarrollada después de su propia existencia, o bien desde el refugio acogedor que ofrece el sueño de la ambigua moda.

Dice también Miguel Salabert: "Hay en Verne una lectura "de izquierda" y una lectura "de derecha", aun cuando la primera acumule objetivamente muchas más páginas que la segunda." ¿Debemos seguir? Intentemos, frente a lo anterior, la lectura literal.

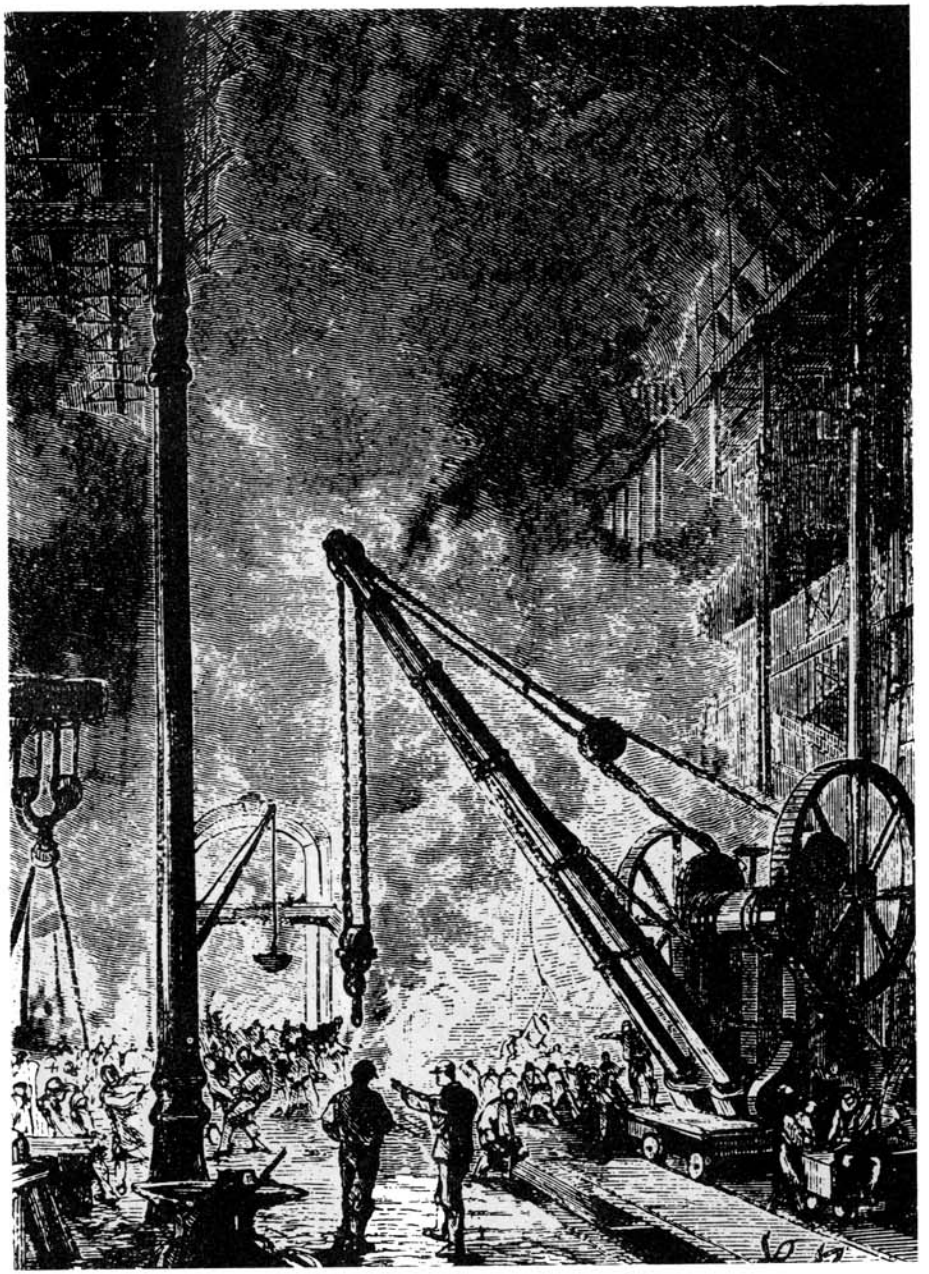
Por un lado la ciudad del capital, modélica desde la efectividad de un funcionamiento que sincroniza perfectamente los parciales esfuerzos de una mano de obra extrañamente especializada pero, sin embargo, condenable desde la imposibilidad impuesta por su propia estructura funcional de mostrarse en forma de todo comprensible y no de algo que se hace por partes, algunas de las cuales, como por ejemplo los suburbios que obstinadamente se desarrollan circundándola, sólo sirven para mostrar al mismo sistema que necesita de ellos las consecuencias imprevisibles de sus propias irresolutas contradicciones.

Por otro lado la poco original Ciudad del Bienestar, en la que Fourier y Saint-Simon están presentes como oficiantes de una ceremonia excesivamente vulgar para Verne, rematada, sin duda con un inimaginable esfuerzo abstractivo por parte del autor, con la ni tan siquiera intencionalmente taimada voluntad de "hablar de esta singular urbe como de una ciudad acabada". Porque si en la simple descripción se manifiesta el enfrentamiento trágico de las consecuencias formales de dos sistemas de utilización de unas comparables fuerzas productivas, esta sensación desaparecerá en el mismo momento en que la descripción termina y de la narración se pasa al narrador. La perseguida incoherencia de Stahlstadt, muchas veces contradicha en asombrado encomio de los eficaces y exactos sistemas de producción basados en la radical división del trabajo que allí se practica, contrasta con los no buscados desajustes que en la desordenada descripción de France-Ville se observan, desde las ambiguas normas generales sobre las que la ciudad se ordena, hasta la detallada explicación de las partes que en un proceso desencadenadamente lineal llevan a la determinación exacta del decálogo cuyo cumplimiento se exige a toda vivienda construida en ella y, en último término, a la visión casi bucólica de la feliz célula primaria de una sociedad formada rectamente: la familia, en este caso, Sarrasin.

Esta simplicidad descriptiva y, finalmente, la inmediatez de las escenas que se desarrollan en el momento en que la destrucción amenaza a France-Ville ("El peligro común había



... esa masa es Stahlstadt, la Ciudad del Acero...



... el hombre parecía casi un niño...

LAMINA I

unido más íntimamente a todos los ciudadanos, acercando más entre sí a los miembros de las diferentes clases sociales. Los hombres se habían reconocido como hermanos, animados de sentimientos semejantes y movidos por los mismos intereses... La patria había nacido en esos días.") se encargarán de demostrar claramente que la manida comparación de los dos sistemas es ya inútil para descubrir a la burguesía industrial cómo las contradicciones sociales y económicas presentadas por el sistema capitalista sólo pueden ser vencidas mediante una explotación más racional de la clase trabajadora, lo cual debe ofrecer además las incalculables ventajas de la pronta identificación ideológica de estas masas subalternas con los objetivos e intenciones de las clases dominantes, asegurándose así un perfecto cerramiento del ciclo producción-consumo-producción. En las últimas líneas de la novela se agotan definitivamente las posibilidades de la comparación: "Se puede ya estar seguro... de que el ejemplo de France-Ville y Stahlstadt, fábrica y ciudad modelos, no se habrá perdido para futuras generaciones." La consideración de modelos es sólo una necesidad impuesta por el mismo desarrollo de la narración. France-Ville y Stahlstadt se han encontrado en la única ciudad que realmente son, ya no fantástica, sino auténtica.

La incapacidad no ya de crear, puesto que éste es un poder que se reconoce reservado a fantasmales personajes situados en superiores instancias, alcanzadas gracias a la disposición y buen aprovechamiento de numerosos e impenetrables bienes y medios desconocidos, sino incluso de inventar un escenario adecuado y coherente en el que la verdad de la explotación se disuelva en el sano deseo de producir, reuniéndose así voluntades dispersas y quizá naturalmente contradictorias en la consecución de comunes objetivos, intenta ser negada con el desdoblamiento de la imagen descrita en dos partes que, pese al esfuerzo, están destinadas a mostrarse fatalmente unidas, para delatar, de ese modo, la reconocida impotencia del narrador que, tras pensadas palabras, se muestra incapaz de ordenar su visión de lo real, en la que él mismo se incluye, aparentando, como estrategia más rentable, negarse a ello. La utopía, por tanto, no existe.

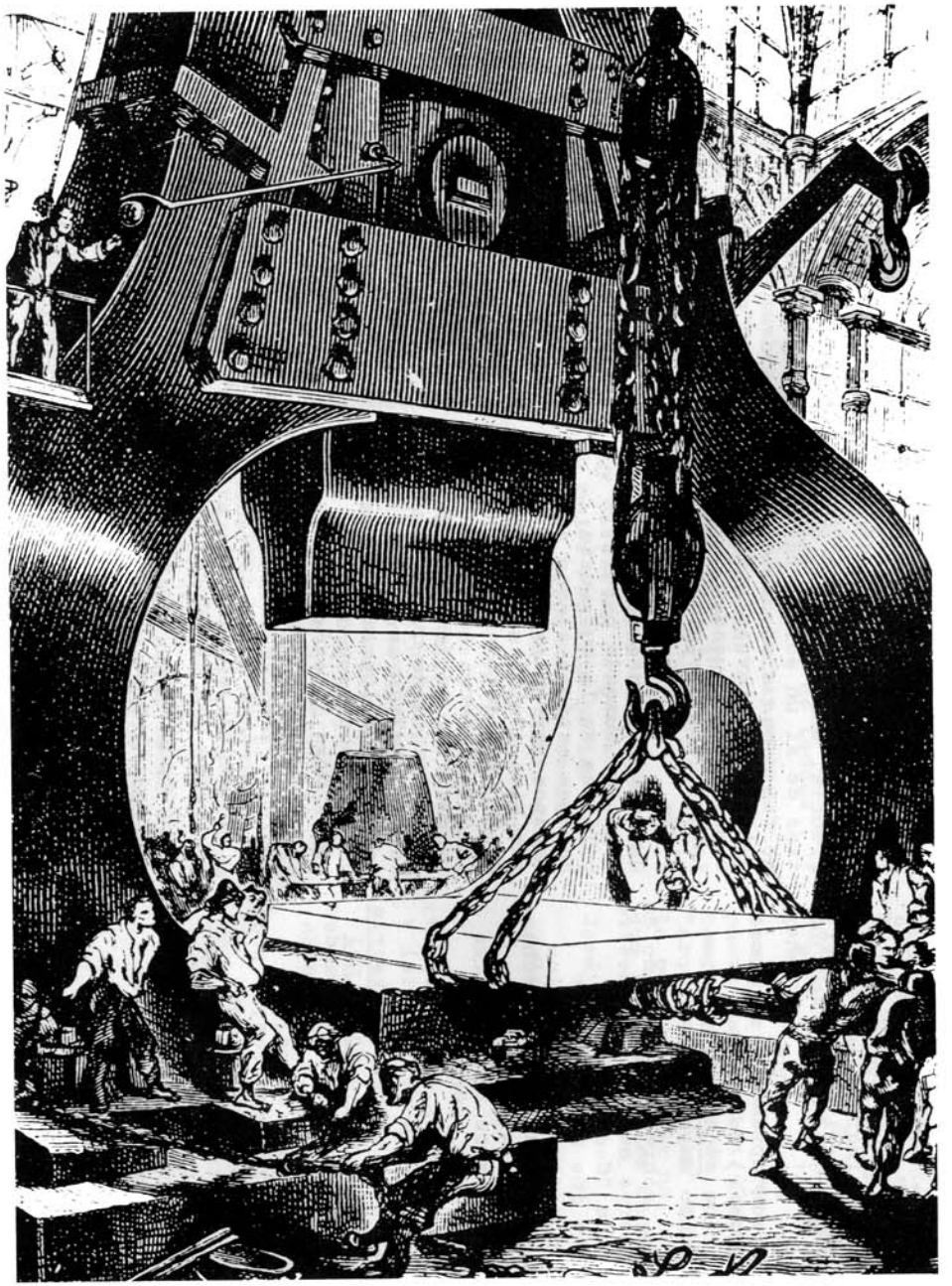
Verne se encuentra con Verne, solo. El, o bien generalizando, el intelectual, orquestador de pueblos, conductor de voluntades, ordenador de interesadas situaciones que se convertirán, tras su mágica intervención, en coherentes estructuras ideológicas, cuando no en pura naturaleza, descubre con horror que esos mismos sistemas que él ha ofrecido generosamente -aunque, porqué negarlo, a cambio de necesarias satisfacciones- excluyen, con su imprevisible inercia, el propio papel de héroe por él tan aguerridamente asumido.

Desaparecido ya el intento de relacionar falsamente el contenido del libro con su portada, para dar paso a una neutralidad que ayude a creer en lo contingente de la novela como necesario, podemos contemplar a Verne encerrado en la conscientemente falsa ilusión de creer salvados del naufragio de la idea (ciudad-negación) algunos restos. Surge así Marcel Bruckmann, científico campeón, vengador sobre el papel de las ofensas infringidas a esa pseudo-clase que él representa por quien, sabiéndose poderoso, se atreve a prescindir de sus propios orígenes. Ya no nos podemos engañar interpretando -leyendo- a Verne desde la comprensión de una historia reservada sólo a nuestra situación y negada al acusado. Ahora lo vemos rodeado de una obra que abre y cierra contínuamente el mismo ciclo, no ya de ilusión-desilusión por las posibilidades de una ciencia dirigida a fines que no precisan de apologías románticas, sino de esperanza-desesperanza por el papel cada vez más comprometido del científico, del artista, del creador y, en última instancia, de sí mismo. Sólo le queda al autor el recurso de enviar brillantes príncipes a un escenario que ya no puede comprender. La llamada ("Necesitaremos hombres fuertes y enérgicos, científicos activos, no sólo para edificar sino también para defendernos"), la rabiosa venganza ("Herr Schultze ha hallado la muerte en el misterioso laboratorio que, con una habilidad diabólica, había conseguido hacer inaccesible. Nadie más que él conocía la existencia del mismo, y nadie, por tanto, podía penetrar en él para socorrerle. Ha sido víctima de la increíble concentración de fuerzas reunidas en sus manos, con la que erróneamente había contado para guardar en sí mismo la clave de toda su obra. Y esa concentración, a la hora marcada por Dios, se ha vuelto contra él y contra su obra"), el final feliz ("Se puede ya estar seguro de que el porvenir pertenece a los esfuerzos del doctor Sarrasin y de Marcel Bruckmann"), están compuestos de palabras que tardaron, sin duda, larguísimos minutos, infinitas horas, en descender desde la idea hasta la mano del escritor que articula la pluma. Verne sabe que su confusa desesperación, generadora de monstruos subversivos, no es enmendable desde parciales intentos de desenlace convencional en capítulos dedicados íntegramente a la descripción de la grandeza moral del pilar-família. En su histeria ordenadora, decantadora de toda turbulencia, el "sistema" ha determinado exactamente cuál debe ser la penitencia proporcional a la grave falta por él cometida: su lectura literal quedará reservada sólo a los niños.

Juan José Lahuerta

Notas

(1) Trad. cast.: "Los quinientos millones de la Begum", Alianza Editorial, Madrid 1976; traducción y prólogo de Miguel Salabert.



... una grúa móvil sobre unos raíles...

... una formidable detonación...